

843

Z.

PQ 2511

048

v. 2



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Compuesto en máquina TYPOGRAPH.—Barcelona.

CONTINUACION DEL CAPITULO VII.

Inclinado sobre su lienzo Bongrand que, habitualmente, no soltaba sino elogios paternales tocante á los jóvenes, estremeciase haciendo un esfuerzo visible para no estallar. Pero la explosión ocurrió, á pesar suyo:

—¡Déjenos usted en paz con su Fagerolles!
¿Nos cree usted necios de remate? Mire usted al gran pintor aquí presente. Sí, este joven, Claudio Lantier, él mismo! Pues bien; todo el secreto estriba en robarle su originalidad y aderezarla en la salsa floja de la Escuela de Bellas Artes. ¡Muy bien! se toma de lo moderno, se pinta claro, pero se conserva el dibujo trivial y correcto, la composición agradable á todo el mundo, en una palabra: la fórmula que allí enseñan para contentamiento de los burgueses. Y se anega todo ello en facilidad ¡ah! en esa facilidad corriente, plácida, que determina el éxito y que debería ser castigada con presidio, ¿estamos?

Al decir esto, blandía en el aire su paleta y sus pinceles en sus dos cerrados puños.

—Es usted demasiado severo—dijo Claudio confuso.—Realmente Fagerolles tiene cualidades...

—Me han dicho—murmuró Jory,—que acaba de firmar un contrato ventajosísimo con Naudet.

Este nombre, lanzado así en la conversación, apaciguó otra vez más á Bongrand quien, balanceando los hombros, repitió:

—¡Ah! ¡Naudet!... ¡ah! ¡Naudet!

Y les divirtió gran rato, acerca de Naudet, á quien conocía perfectamente. Era un mercader que desde dos años acá venía revolucionando el comercio de cuadros. Y no se trataba ya del antiguo sistema, la grasienta levita y el gusto tan delicado del tío Malgras, los lienzos de los principiantes acechados, comprados á diez francos para revenderlos á quince, todo ese teje-maneje de inteligente, torciendo el gesto ante la obra codiciada, para despreciarla, adorando en el fondo la pintura, ganando su pobre subsistencia con la rápida renovación de sus pocos sueldos de capital en operaciones prudentes. No; el famoso Naudet tenía modales de gentilhombre, chaqué de fantasía, diamante en la corbata, peinado, alisado, barnizado; por lo demás, gran tren, coche por meses, sillón en la Opera, mesa reservada en casa de Bignon, frecuentando los puntos donde era decente exhibirse. Y bolsista, mofándose radicalmente de la buena pintura. Olfateaba el éxito, adivinaba al artista ensalzable, no el que prometía el genio discutido de un gran pintor, sino aquel cuyo talento falaz, henchido de falsas osadías; iba á obtener prima en el mercado burgués. Y así trastornaba este mercado, apartando al antiguo aficionado de buen gusto y no arrastrando consigo sino al aficionado rico, al que no entiende de arte,

y compra un cuadro como un valor de Bolsa, por vanidad ó esperando á que suba de precio.

Y aquí Bongrand, bromista de suyo, con un antiguo dejo de comediante, se puso á parodiar la escena. Llega Naudet á casa de Fagerolles.—Sois hombre de porvenir, querido. ¡Ah! ¿vendisteis el cuadro del otro día? ¿Y en cuánto?—En quinientos francos.—¡Estáis loco! ¡valía mil doscientos! ¿Y ese que os queda, cuánto?—¡Qué sé yo! Pongámoslo en mil doscientos.—¡Mil doscientos! ¡vaya! ¿acaso hablo griego? Dos mil vale. Lo tomo en dos mil. Y en adelante, sólo trabajaréis para mí, ¡para Naudet! Adiós, adiós, querido; no os prodiguéis, vuestro porvenir corre de mi cuenta.—Parte, llevando el cuadro en su coche, y lo exhibe á sus aficionados, entre los cuales ha esparcido el rumor de que acababa de descubrir un pintor extraordinario. Uno de ellos acaba por morder el anzuelo y pregunta el precio.—Cinco mil.—¡Cómo cinco mil! ¡un cuadro de autor desconocido! ¿os burláis de mí?—Escuchad, os propongo un negocio; os vendo el cuadro en cinco mil francos, y firmo el compromiso de volvermelo á quedar por seis mil, dentro de un año, si deja de agradaros.—Aquí el aficionado sucumbe; ¿qué arriesga, en efecto? buen negocio en el fondo; y compra. Entonces, Naudet no pierde el tiempo, y logra colocar de seis á siete cuadros por año; mézclase la vanidad con la esperanza del lucro; los precios suben, establécese una cotización, por manera que cuando vuelve á casa de su aficionado, éste, en vez de devolverle el cuadro, le compra otro por ocho mil francos. Y el alza va siguiendo su impulso, y la pintura ya no es más que un terreno tenebroso, minas de oro en los cerros de Montmartre, lanzadas por banqueros, y en torno de las cuales la gente se bate á billetezos de Banco.

Indignábase Claudio, y Jory encontraba la cosa muy chusca, cuando llamaron á la puerta. Bongrand, que había ido á abrirla, soltó una exclamación:

—¡Toma! ¡Naudet!... De usted nos estábamos ocupando.

Naudet, muy correcto, sin una mota de barro, á pesar del tiempo atroz, saludaba al entrar con la urbanidad circunspecta del hombre de mundo que penetra en una iglesia.

—Me alegro y me felicito, querido maestro... y estoy seguro de que me elogiaban.

—Muy al contrario, Naudet, muy al contrario— repuso Bongrand con acento tranquilo.—Decíamos que su manera de explotar la pintura iba á darnos una linda generación de pintores fulleros, forrados en hombres de negocio mal educados.

Sin darse por ofendido, Naudet sonreía:

—¡Dura es la frase; pero divina! Vaya, vaya, querido maestro; viniendo de sus labios, nada me ofende.

Y, plantándose extático ante el cuadro, las dos mujeres cosiendo al sol:

—¡Ah! ¡Dios mío! no tenía noticia de esa maravilla. ¡Qué preciosa luz! ¡qué sólida y amplia factura! Hay que remontarse hasta Rembrandt, sí, hasta Rembrandt. Oiga usted, querido maestro, sólo había venido á saludarle, pero he de bendecir mi buena estrella. Realicemos, por fin, un negocio, cédame usted esa joya... en cuanto usted la tase... La cubriré de oro...

La espalda de Bongrand se estremecía y se rritaba más y más á cada frase. Y le interrumpió bruscamente:

—Llega usted tarde; está vendido.

—¡Vendido, gran Dios! ¿y no puede usted excusarse? Dígame, al menos, á quién, y haré imposibles, daré cuanto... ¡Ah! ¡qué fracaso! ¿ven-

dido? ¿está usted seguro? ¿y si le ofreciesen el doble?

—¡Está vendido, y basta, Naudet!

Sin embargo, el mercader prosiguió lamentándose. Permaneció algunos minutos, se extasió ante otros estudios, y recorrió el taller con las agudas ojeadas del chalán que busca una ganga. Cuando comprendió que el momento era malo y que no lograría llevarse nada, despidióse, saludando con aire de reconocimiento y soltando aún interjecciones de admiración en el rellano.

En cuanto hubo salido, Jory, que había escuchado el diálogo no sin sorpresa, permitióse una pregunta:

—¡Pero usted nos había dicho, si no me engaño... que no estaba vendido?

Bongrand, sin contestar desde luego, volvió á su lienzo. Después, con su voz tonante, poniendo en este grito todo el sufrimiento oculto, todo el combate naciente que no confesaba:

—¡Me carga! ¡jamás obtendrá de mí!... ¡que le compre á Fagerolles!

Poco después, Claudio y Jory se despidieron, dejándolo en la tarea, encarnizado en la claridad merguante. Ya en la acera, cuando el primero se hubo despedido de su camarada, no regresó inmediatamente á la calle de Douai, á pesar de su prolongada ausencia. Cierta necesidad de andar aún, de abandonarse á ese París donde los encuentros de un solo día llenaban su cráneo, le impulsó á divagar hasta cerrada la noche, en el helado barro del arroyo, bajo la claridad de los mecheros de gas, que se iban encendiendo uno á uno, semejando estrellas luminosas en el fondo de la bruma.

Claudio esperó con impaciencia el jueves para comer en casa de Sandoz, por cuanto éste, inmutable, seguía recibiendo á sus camaradas una vez

por semana. Acudía quien quería; su cubierto estaba puesto. En vano se había casado, en vano había cambiado su existencia, en vano se había lanzado en plena lucha literaria, aún conservaba su día, ese jueves que databa de su salida del colegio, del tiempo de las primeras pipas. Y como él mismo repetía, aludiendo á su mujer, sólo había un camarada más.

—Escucha, querido—háblele dicho francamente á Claudio,—me pones en un aprieto...

—¿Cuál?

—No eres casado... ¡Oh! en cuanto á mí, recibiría muy gustoso á tu mujer... Pero los imbéciles ese montón de burgueses que me acechan, propalarían abominaciones...

—Tienes razón, querido; también Cristina se negaría á ir á tu casa... ¡Oh! ¡ya lo comprendemos! iré solo; cuenta conmigo.

Desde las seis encaminóse Claudio á casa de Sandoz, calle de Nollet, en el fondo de Batignolles; y costóle todas las penas del mundo descubrir el pabelloncito que su amigo ocupaba. Primeramente, entró en una gran casa con fachada á la calle, interrogando al portero, que le hizo atravesar tres patios; después, franqueó un largo corredor, entre otros dos edificios, bajó algunos escalones y se encontró por fin ante la verja de un jardincillo: allí era: el pabellón se hallaba al extremo de una calle de árboles. Pero, estaba tan oscura la noche y tan poco había faltado para que se rompiese las piernas en la escalera, que no osaba arriesgarse á más, con tanto mayor motivo cuanto que un perrazo enorme ladraba furiosamente; cuando oyó la voz de Sandoz que se adelantaba, calmando al perro:

—¡Ah! ¿eres tú? ¿eh? vivimos en el campo. Van á poner un farol para que nuestros amigos no se descrismen. Entra, entra... ¿Quieres callar-

te, maldito Bertrand? ¿no conoces que es un amigo, imbécil?

Entonces el perro les acompañó hasta el pabellón, erguido el rabo, y con joviales ladridos. En el interior una criadita joven había aparecido con un farol, yendo á colgarlo de la verja, para iluminar la terrible escalera. En el jardín sólo había un centro de césped, con un inmenso ciruelo, cuya sombra podría la yerba; y ante el pabellón, muy bajo, con solas tres ventanas de fachada, extendíase un emparrado de viña virgen, cobijando un banco nuevecito, allí instalado como adorno bajo las lluvias de invierno, esperando el sol.

—Entra—repitió Sandoz.

Y lo introdujo, á derecha del vestíbulo, en el salón donde tenía su despacho. El comedor y la cocina estaban al lado izquierdo. En la habitación de arriba, su madre, que ya no salía del lecho, ocupaba el cuarto mayor; mientras el matrimonio se contentaba con el otro y el pequeño gabinete-tocador aprovechado entre ambos cuartos. Y á esto se reducía todo: una verdadera caja de cartón, compartimientos de cómoda, separados por tabiques delgados como hojas de papel. Pequeña mansión de trabajo y de esperanza, no obstante, vasta en comparación de las buhardillas del tiempo joven, amenizada ya con un principio de bienestar y de lujo.

—¿Qué tal?—gritó.—¡Tenemos sitio de sobra! ¡ah! ¡es muchísimo más cómodo que en la calle d'Enfer. Ya ves, una pieza para mí solo. Y he comprado una mesa de encina para escribir y mi mujer me ha regalado esa palmera, en ese viejo tiesto... ¿Qué tal? ¿te gusta?

En aquel momento, entró su mujer. Alta, de fisonomía alegre y plácida, con preciosos cabellos castaños, llevaba encima de su bata de po-

pelina negra un ancho delantal blanco, pues aun cuando habían tomado criada, ocupábase de la cocina, enorgulleciéndose de alguno de sus platos y dirigiendo la casa bajo un pie de pulcritud y golosina burguesas.

Desde luego, Claudio y ella se consideraron como antiguos conocidos.

—Llámale Claudio, querida... Y tú, mi buen amigo, llámala Enriqueta. Nada de señora ni caballero, ú os impongo una multa de cinco sueldos á cada infracción.

Sonrieron ambos, y ella desapareció, reclamada en la cocina por un plato del Mediodía, una sopa de pescado con que se proponía sorprender á los amigos de Plassans. Sabía la receta por boca de su propio marido, y había adquirido en su confección una destreza extraordinaria, según decía él.

—Tienes una mujer encantadora — exclamó Claudio—y te mimas demasiado.

Sandoz, sentado ante su mesa, con los codos sobre las páginas del libro en marcha, escritas por la mañana, empezó á hablar de la primera novela de su serie, publicada en octubre. ¡Ah! ¡cómo trataban á su pobre librejo! Era un degüello, una matanza, la crítica en peso aullando á sus alcances, una andanada de imprecaciones, como si hubiese asesinado y desvalijado á las gentes en el rincón de un bosque. Y se reía, excitado más bien, sólidos sus hombros, con la tranquila seguridad del trabajador que sabe á dónde va. Sólo una cosa le sorprendía: el profundo desacuerdo de esos muchachos, cuyos artículos barbullados en los ángulos de las mesas de redacción, lo cubrían de lodo, sin ni siquiera sospechar la menor de sus intenciones. Todo se veía arrojado á la cubeta de las injurias: su estudio nuevo del hombre fisiológico, el carácter

omnipotente restituído á los medios y á las circunstancias, la vasta naturaleza en eterna creación, la vida, en fin, la vida total, universal, que va de uno á otro extremo de la animalidad, sin alza ni baja, sin belleza y sin fealdad; y las osadías de lenguaje, la convicción de que todo debe decirse, de que hay palabras abominables necesarias, como el hierro candente, de que una lengua sale enriquecida de estos baños de fuerza; y, sobre todo, el acto sexual, origen y savia continua del mundo, sacado de la vergüenza donde lo ocultan, repuesto en su gloria á la luz del sol. Concedía fácilmente que se enojasen; pero, al menos, hubiera querido que le hiciesen el honor de comprender y de enojarse por sus audacias, mas no por las marranadas imbéciles que se le atribuían.

—¡Mira!—continuó;—creo que todavía abundan más los necios que los malévolos... Lo que en mí les irrita es la forma, la frase escrita, la imagen, la vida del estilo. Sí, eso es; ¡el rencor de la literatura, toda la burguesía reventando!

—¡Bah!—dijo Claudio, al cabo de una pausa;— ¡tú eres feliz, trabajas, produces!

Sandoz habíase levantado, y en un arranque de brusco dolor, prosiguió:

—¡Ah! ¡sí! razón tienes; trabajo, empujo mis libros hasta la última página... Pero, ¡si supieras! ¡si te dijese mis desesperaciones y mis torturas! ¿Pues no se les ocurre también á esos imbéciles acusarme de orgulloso? ¡orgulloso, yo, á quien la imperfección de mi obra persigue hasta en sueños! ¡yo que no vuelvo á leer mis páginas de la víspera, temiendo encontrarlas tan execrables que me quiten luego la fuerza de seguir trabajando? Sí, tienes razón; ¡trabajo! trabajo como vivo, pues sólo para ello nací; mas no por eso

estoy más alegre, ni nunca quedo satisfecho; ¡siempre me espera al final la gran voltereta!

Interrumpióle un rumor de voces, y apareció Jory, muy satisfecho de la existencia, explicando que acababa de remendar una vieja crónica para tener libre la velada. Casi en pos de él llegaron, hablando, Gagnière y Mahoudeau, que se habían encontrado á la puerta. El primero, abismado desde algunos meses en una teoría de los colores, explicaba su procedimiento al otro.

—Planteo mi tono—continuaba como si soñase. —El rojo de la bandera tira á violado, porque se destaca en el azul del cielo...

Claudio, interesado, empezaba á interrogarle, cuando la criada trajo un telegrama.

—¡Bueno!—dijo Sandoz;—Dubuche se excusa, diciendo que no podrá venir hasta las diez.

En este momento abrió Enriqueta la puerta, anunciando por sí misma la comida. Ya no llevaba su delantal de cocinera, y como buena ama de casa, estrechaba afectuosamente las manos que se le tendían. ¡A la mesa! ¡á la mesa! eran ya las siete y media, y la sopa no aguardaba. Habiendo observado Jory que Fagerolles le había jurado que acudiría, no quisieron escucharle: empezaba ya á hacerse ridículo el tal Fagerolles, con su infatuación de joven maestro abrumado de trabajo!

El comedor, á donde se trasladaron, era tan reducido que, para instalar allí el piano, había sido preciso formar una especie de alcoba, en un cuartito oscuro que servía de despensa. Sin embargo, en los días de gran banquete aún cogían una docena en torno de la redonda mesa, bajo la lámpara de porcelana blanca, pero á condición de condenar el aparador hasta el punto de que la criada no podía ir á sacar ni un plato. Por lo demás, el ama de casa se encargaba del servicio,

y el amo colocábase en frente, contra el bloqueado aparador, para tomar de allí ó dejar allí lo que era menester.

Enriqueta había sentado á Claudio á su derecha, y á Mahoudeau á la izquierda; mientras Jory y Gagnière se acomodaban junto á Sandoz.

—¡Francisca!—gritó.—Déme usted todas las tostadas; ¡están en una fuente, sobre el hornillo!

Y habiéndole llevado la doncella las tostadas, distribuyólas de dos en dos, sobre los platos; y empezaba á verter encima el caldo de la sopa, cuando se abrió la puerta.

—¡Fagerolles, por fin!—dijo ella.—He dado su sitio á Mahoudeau. Siéntese usted ahí, junto á Claudio.

Disculpóse, con aire de galante urbanidad, alegando una cita de negocios. Muy elegante, ahora, oprimido en trajes de corte inglés, tenía un aspecto de socio de casino, realizado por el resabio de desaliñado artista que conservaba. En cuanto hubo tomado asiento, estrechó las manos de su vecino, afectando viva satisfacción:

—¡Hola! ¡Claudio querido! Hace tanto tiempo que deseaba verte... Sí; más de veinte veces me dió la idea de ir allí; y además, ya sabes, la vida...

Claudio, molesto por tales protestas, procuraba responder con una cordialidad análoga; mas Enriqueta, que seguía sirviendo, sacóle de apuros, impacientándose:

—Vaya, Fagerolles, un poco de atención... ¿Quiere usted dos tostadas?

—Sí, señora, dos tostadas... Adoro la sopa provenzal. ¡Y usted la hace tan sabrosa! ¡es una maravilla!

Todos, en efecto, se extasiaban, especialmente Mahoudeau y Jory, jurando que no la habían comido mejor en Marsella, de modo que la joven ama, gozosa, sonrosada aún por el calor del hor-

nillo, y cucharón en mano, apenas bastaba á llenar los platos que ansiaban repetir, y hasta acabó por levantarse y correr en persona á la cocina por el resto del caldo, pues la doncella estaba atolondrada.

—¡Come, mujer!—le gritó Sandoz.—Ya esperramos á que hayas comido.

Mas ella, obstinándose, continuaba en pie:

—Déjame... Mejor harías alargando la mano al armario. Jory prefiere las rebanadas, la miga que puede remojarse.

Sandoz se levantó á su vez, ayudando á servir mientras daban broma á Jory, tocante á la miga de pan.

Y Claudio, conmovido por aquella venturosa sencillez, como despertando de un largo sueño, mirábalos á todos, preguntándose si se habían visto el día anterior, ó si en realidad hacía cuatro años que no había comido allí el jueves. Sin embargo, no eran los mismos, encontrábalos cambiados; Mahoudeau agriado de miseria, Jory sumido en su gozar, Gagnière más en lontananza, elevado á otras alturas; y, sobre todo, parecíale que Fagerolles, junto á él, desprendía cierto frío, á pesar de la exageración de su cordialidad. Indudablemente, sus rostros habían envejecido un poco, en el desgaste de la existencia; pero no estribaba todo aquí, notábanse ciertos vacíos entre ellos; veíalos apartados, extraños, aun cuando sus codos se tocaban. Además, el medio era nuevo: había allí una mujer, aportando su encanto, calmándolos con su presencia, á la vez que dejándolos en completa libertad. Entonces, ¿por qué, ante ese curso fatal de las cosas que mueren y se renuevan, experimentaba esa sensación de nuevo principio? ¿por qué habría jurado que se hallaba sentado en aquel mismo sitio, el jueves de la semana anterior? Al fin, creyó comprenderlo: era

Sandoz quien no había variado, tan obstinado en sus hábitos de corazón, como en sus hábitos de trabajo, enagenado de alegría al ver reunidos á sus amigos en la mesa de su juvenil hogar, como lo estaba en otra época compartiendo con ellos su escasa ración de soltero. Un sueño de eterna amistad lo inmovilizaba; otros jueves análogos se subseguían hasta lo infinito, hasta las extremas lontananzas de la edad. ¡Todos juntos eternamente! ¡todos, partiendo á la misma hora y llegando á la meta en la misma victoria!

Tal vez adivinó el pensamiento que enmudecía á Claudio, pues le dijo, al través de la mesa, con su franca risa juvenil:

—¿Eh, querido? ¡al fin volviste! ¡Ah! ¡por vida de...! ¡cuántas faltas has hecho! Pero, ya ves; nada cambia, los mismos somos... ¿Verdad, vosotros?

Todos contestaron afirmando con la cabeza: ¡sin duda! ¡sin duda!

—Solamente—prosiguió jovialmente—la cocina es algo mejor que en la calle d'Enfer... ¡buenos guisotes os daba yo entonces!

En pos de la sopa de pescado, siguió un encebollado de liebre; y un pollo asado, en compañía de una ensalada, puso fin á la comida. Pero la sobremesa, á los postres, fué larga aun cuando la conversación no tenía la fiebre, ni las violencias de antaño: cada cual hablaba de sí, y acababa por callarse, viendo que nadie le escuchaba. Sin embargo, después de paladear un vinillo de Borgoña, algo ácido, del que el joven matrimonio se había arriesgado á adquirir una pipa, sobre los derechos de autor de la primera novela, las voces se elevaron, y la conversación se generalizó.

—¿Conque, has hecho un trato con Naudet?—

preguntó Mahoudeau, cuyo huesudo rostro de hambriento se había anublado;—¿es verdad que te asegura cincuenta mil francos el primer año?

Fagerolles, con cierto desdén, contestó:

—Sí, cincuenta mil... Pero aún no hemos cerrado; me estoy tentando el pulso: ¡es muy duro ligarse uno así!

—¡Diantre!—murmuró el escultor;—descontentadizo eres. ¡Por veinte francos al día firmo yo todo cuanto quieran!

Actualmente, todos escuchaban á Fagerolles, que hacía del hombre abrumado por el éxito naciente. Conservaba siempre su linda fisonomía inquietante de zorra; pero cierta manera de peinarse, y su barba recortada, le daban un aire de gravedad. Bien que aún acudía de vez en cuando á casa de Sandoz, íbase separando cada día del grupo, lanzábase á los bulevares, frecuentaba los cafés, las redacciones de periódicos y todos los sitios de publicidad donde podía trabar conocimientos útiles. Era una táctica, una voluntad de labrarse su triunfo aparte, la idea maligna de que, para triunfar, no convenía tener nada de común con esos revolucionarios, ni un mercader, ni sus relaciones, ni sus hábitos. Y hasta decíase que para su más rápido encumbramiento se valía de las mujeres de dos ó tres salones, no á manera de macho brutal como Jory, sino como vicioso superior á sus pasiones, como simple cosquilleador de baronesas archi-jamonas.

Precisamente, Jory le recordó un artículo con el único objeto de hablar de sí mismo, pues tenía la pretensión de haber dado nombre á Fagerolles, como pretendía habérselo dado á Claudio.

—Di, ¿has leído el estudio de Vernier acerca de ti y de tus obras? ¡Ese es otro de mis plagiaros!

—¡Ah! ¡á ese no le faltan artículos!—suspiró Mahoudeau.

Hizo Fagerolles un gesto desdeñoso con la mano; pero sonreía, con el desprecio oculto de esos pobres diablos tan poco mañosos, obstinados en una rudeza de necios, cuando tan fácil era conquistar á la muchedumbre! ¿No le bastaba romper con ellos, después de haberlos saqueado? Todo el rencor que contra ellos se sentía, redundaba en beneficio suyo; y cubrían de elogios sus lienzos suavizados para acabar de rematar sus obras obstinadamente violentas.

—¿Y tú, has leído el artículo de Vernier?—preguntó Jory á Gagnière.—¿Verdad que repite lo que yo he dicho?

Desde hacía un instante, Gagnière se absorbía en la contemplación de su copa sobre el blanco mantel, que el reflejo del vino manchaba de laca. Sobresaltóse...

—¿Qué? ¿el artículo de Vernier?

—Sí, hombre; en una palabra, todos los artículos que salen sobre Fagerolles.

Estupefacto, volvióse Gagnière hacia éste:

—¡Cómo! ¡te dedican artículos! No lo sabía; no los he leído. ¡Ah! ¡te dedican artículos! ¿y por qué?

Surgió una carcajada general. Sólo Fagerolles reía de mala gana creyendo que se chungaban. Pero Gagnière, con la mayor buena fe, extrañaba que pudiese alcanzar éxito un pintor que ni siquiera observaba la ley de los valores. ¡Un presdigitador semejante, alcanzar éxito! Imposible. ¿Para qué servía la conciencia?

Esta jovialidad ruidosa animó el final del banquete. Ya nadie comía; sólo el ama pretendía llenar de nuevo los platos.

—Pero hombre, estate atento—repetíale á Sandoz muy excitado entre el general rumor.—Alarga

la mano; los bizcochos están sobre el aparador.

Todos se levantaron; pero como acostumbraban acabar la velada allí, en torno de la mesa, tomando el thé, permanecieron en pie, apoyados en la pared, prosiguiendo su conversación mientras la doncella levantaba el cubierto. Ayudábala el matrimonio, ella guardando los saleros en un cajón y él dando un golpe de mano para doblar el mantel.

—Pueden ustedes fumar—dijo Enriqueta;—no me molesta el humo.

Fagerolles, que había llevado á Claudio junto al alféizar de la ventana, ofrecióle un cigarro, que éste rehusó.

—¡Ah! ¡es verdad! ¡no fumas! Ya pasaré á ver tu bagaje ¿eh? será muy interesante... Ya sabes el concepto que tengo formado de tu talento. Eres el más fuerte...

Mostrábase muy humilde, sincero en el fondo, dejando traslucir su admiración de antaño, marcado para siempre con la huella de ese genio de otro, que reconocía á pesar de los cálculos complicados de su malicia. Pero su humildad agravábase por cierto embarazo, raro en él, por la turbación que le infundía el silencio del pintor tocante á su cuadro. Esperaba al menos una frase; y acabando por torturarle la necesidad enfermiza de saber su modo de pensar, decidióse, trémulos los labios:

—¿Has visto mi actriz, en el Salón? ¿te gusta, con franqueza?

Claudio vaciló un momento; después, como buen compañero:

—Sí, tiene cualidades notables.

Ya Fagerolles sudaba sangre por haber planteado tan estúpida cuestión, y acabando de perder pie, excusábase ahora, procurando absolver sus plagios y aducir sus compromisos. Y cuando hubo

salido del atolladero no sin dificultad, exasperado contra su torpeza, volvió á ser un momento el bromista de antaño, haciendo reír á mandíbula batiente al mismo Claudio, y divirtiendo á todos. Después, bruscamente, tendió la mano á Enriqueta para despedirse.

—¿Cómo? ¿nos deja usted ya?

—¡Ay! sí, señora. Mi padre recibe esta noche á un jefe de negociado, á quien mima para la condecoración... Y como ya empiezo á ser uno de sus títulos, he debido jurar que no faltaría.

Cuando estuvo fuera, Enriqueta, que había cambiado algunas palabras en voz baja con Sandoz, desapareció, oyéndose muy luego el ligero rumor de sus pasos en el piso de arriba; desde su casamiento, ella era quien cuidaba á la anciana madre enferma, ausentándose así repetidas veces durante la velada, como el hijo en otra época.

Por lo demás, ninguno de los convidados había advertido su salida. Mahoudeau y Gagnière volvían á la carga sobre Fagerolles, mostrando una sorda aspereza, aunque sin ataque directo. No pasaban de ojeadas irónicas, de uno á otro, encogimientos de hombros, todo el mudo desprecio de buenos muchachos que no quieren rematar á un camarada. Y se abatieron sobre Claudio, prosternándose y abrumándole con las esperanzas que cifraban en él. ¡Ah! ya era hora de que regresase, pues sólo él, con sus dotes de gran pintor, su muñeca sólida, podía ser el maestro, el jefe reconocido. Desde el Salón de los Recusados, la Escuela del aire libre se había ensanchado, dejábase sentir toda una influencia creciente; por desgracia, los esfuerzos se desparramaban, los recién venidos se limitaban á esbozos, á impresiones concluidas en tres pinceladas; y se esperaba al hombre de genio necesario, al que encarnara la fórmula en obras maestras. ¡Rango envidiable! ¡do-

minar la muchedumbre, abrir un siglo, crear un arte! Escuchábase Claudio, fijos los ojos en el suelo, pálida la faz. Sí, ese era su sueño secreto, esa la ambición que ni á sí propio osaba confesarse. Sólo que, al gozo de la lisonja mezclábase una angustia extraña, un miedo á su porvenir, oyéndoles ensalzarle á ese papel de dictador, como si hubiese alcanzado ya el triunfo.

—¡Quitad allá!—acabó por decir;—¡otros hay que valen lo que yo!

Jory, irritado, fumaba en silencio. De repente, mientras los otros dos se obstinaban, no pudo retener esta frase:

—¡Todo eso lo decís porque os carga el éxito de Fagerolles!

Indignáronse ellos, estallando en protestas. ¡Fagerolles! ¡el maestro joven! ¡qué guasita!

—¡Oh! ¡ya sabemos que nos abandonas!—dijo Mahoudeau.—¡No hay peligro de que escribas dos líneas á nuestra intención, actualmente!

—¡Pardiez, querido!—respondió enojado Jory;—todo cuanto escribo sobre vosotros, me lo borran. Os hacéis execrar en todas partes... ¡Ah! ¡si tuviese un periódico mío!

Enriqueta reapareció, y habiendo buscado sus ojos los de Sandoz, contestóle ella con una mirada, con aquella tierna y discreta sonrisa que antaño se dibujaba en su propio semblante, cuando salía del cuarto de su madre. Después les llamó á todos, y todos se sentaron en torno á la mesa, mientras ella preparaba el thé y lo servía en las tazas. Mas la velada se entristeció, como embotada por cierta lasitud. En vano dejaron entrar á Bertrand, el perrazo, que se entregó á bajezas ante el azúcar, yendo luego á tenderse junto á la estufa, y no tardando en roncar como un hombre. Desde la discusión sobre Fagerolles, reinaba á intervalos el silencio, y una especie de tedio irri-

tado entorpecía el espeso humo de las pipas. Hasta llegó un momento en que Gagnière, levantándose de la mesa, se sentó al piano, estropeando, en sordina, frases de Wagner, con los dedos envarados de un principiante que estudia sus primeras escalas á los treinta años.

A eso de las once, Dubuche, que por fin llegaba, acabó de helar la reunión. Habíase evadido de un baile para cumplir con sus antiguos camaradas, lo cual consideraba como un último deber; y su frac, su corbata y su gruesa faz pálida, expresaban á la vez la contrariedad de haber acudido, la importancia que daba á este sacrificio y el miedo que tenía de comprometer su nueva fortuna. Evitaba hablar de su mujer, para no tener que llevarla á casa de Sandoz. Después de haber estrechado la mano de Claudio, sin mayor emoción que si le hubiese encontrado la víspera, rehusó una taza de thé, habló lentamente, inflando los carrillos, de los engorros de su instalación en una casa nueva que iba á estrenar, del trabajo que le abrumaba, desde que tenía á su cargo las construcciones de su suegro, toda una nueva calle que edificar, junto al parque Monceaux.

Entonces Claudio sintió como si algo se quebrase. ¿La vida había arrebatado ya las veladas de antaño, tan fraternales en su violencia, donde nada les separaba aún, donde ninguno de ellos se reservaba su parte de gloria? Actualmente, la batalla empezaba; cada hambriento daba su dentellada. ¡Allí estaba la grieta, la hendidura apenas visible, que había rajado las antiguas amistades juradas y que debía hacerlas estallar un día en mil pedazos!

Pero Sandoz, en su anhelo de eternidad, seguía no apercibiéndose de nada, y les veía tales como en la calle d'Enfer, dándose el brazo unos á otros, marchando á la conquista. ¿A qué cambiar lo

que era bueno? ¿acaso la dicha no consistía en un goce elegido entre todos, y después saboreado eternamente? Y, una hora después, cuando los camaradas se resolvieron á partir, soñolientos bajo el egoísmo taciturno de Dubuche que hablaba interminablemente de sus negocios, cuando se logró arrancar del piano á Gagnière, hipnotizado, Sandoz, seguido de su mujer, á pesar de la frialdad de la noche, se empeñó absolutamente en acompañarles hasta el extremo del jardín, al pie de la verja. Y allí, distribuyéndoles afectuosos apretones de manos, gritábales:

—¡Hasta el jueves, Claudio!... ¡Hasta el jueves, todos! ¿eh? ¡venid todos!

—Hasta el jueves—repitió Enriqueta, que había descolgado el farol y lo levantaba en alto para alumbrar la escalera.

Y, entre francas risotadas, Gagnière y Mahoudeau repetían, chanceando:

—¡Hasta el jueves, joven maestro!... ¡Buenas noches, joven maestro!

Ya fuera, en la calle de Nollet, Dubuche tomó un coche de alquiler, alejándose á toda prisa. Los otros cuatro anduvieron juntos hasta el bulevar exterior, cambiando raras frases, como atónitos de hallarse tanto tiempo reunidos. Viendo cruzar á una moza por el bulevar, lanzóse Jory en pos de sus faldas, pretextando haber de corregir unas pruebas de su periódico. Y como Gagnière detuviera maquinalmente á Claudio ante el café Baudouin, cuyo gas brillaba aún, Mahoudeau negóse á entrar y partió solo, en compañía de sus tétricas ideas, hasta la calle de Cherche-Midi.

Claudio, sin darse cuenta, se encontró sentado á su antigua mesa, en frente del silencioso Gagnière. El café no había variado; seguían reuniéndose allí el domingo y hasta se había declarado cierto fervor, desde que Sandoz vivía en el barrio;

pero la banda se anegaba en una ola de advenedizos, sumergiéndose poco á poco en la trivialidad creciente de los discípulos de la Escuela del aire libre. A aquellas horas iba el café quedando vacío; tres jóvenes pintores, á quienes Claudio no conocía, fueron á estrecharle la mano al salir; y sólo quedó un pequeño rentista de la vecindad, dormido ante su copa.

Gagnière, muy á sus anchas, como si estuviese en su casa, indiferente á los bostezos del único camarero que se desperezaba en un rincón, miraba á Claudio sin verle, vagos los ojos.

—A propósito—preguntó éste,—¿qué le explicabas á Mahoudeau esta noche? Lo del rojo de la bandera que tira á violado en el azul del cielo ¿eh? ¿te dedicas, ahora, á la teoría de los colores complementarios?

Pero el otro, sin contestar, tomó su vaso, volvió á dejarlo después de un sorbo, y acabó por murmurar, con extática sonrisa:

—Haydn es la gracia retórica, una musiquilla temblona de empolvada abuelita... Mozart es el genio precursor, el primero que dió á la orquesta una voz individual... Y los dos existen, porque han creado á Beethoven... Beethoven, la potencia, la fuerza en el dolor sereno, Miguel-Angel en la tumba de los Médicis! Héroe en lógica, amasador de cerebros, sí: todos los eminentes de hoy nacieron de la Sinfonía con coros...

Cansado el camarero de esperar, comenzó á apagar los mecheros, con mano perezosa y arrastrando los pies. Cierta melancolía iba invadiendo la desierta sala, emporcada de salivazos y colillas de cigarro, exhalando el olor de sus mesas embardunadas por los servicios, mientras del adormecido bulevar sólo llegaban los sollozos perdidos de un borracho.

Gagnière proseguía en lontananza la cabalgata de sus ensueños:

—Weber cruza un paisaje romántico, dirigiendo la balada de los muertos, entre sauces llorones y encinas de retorcidos brazos... Schubert le sigue, bajo la pálida luna, á lo largo de los lagos de plata... Y aparece Rossini, la gracia en persona, tan alegre, tan natural, sin preocuparse de la expresión, burlándose del mundo, y que no es mi hombre ¡ah! ¡no, por cierto! pero tan asombroso, no obstante, por la abundancia de su invención, por los efectos enormes que saca de la acumulación de las voces y por la repetición ampulosa del mismo tema... Y los tres se funden en Meyerbeer, ese astuto que se ha aprovechado de todo, introduciendo, en pos de Weber, la sinfonía en la ópera, y dando expresión dramática á la fórmula inconsciente de Rossini. ¡Oh! ¡soberbios arranques, pompa feudal, misticismo militar, horripilación de las leyendas fantásticas, grito de pasión atravesando la Historia! Y además, hallazgos, la personalidad de los instrumentos, el recitado dramático acompañado, sinfónicamente, en la orquesta, la frase típica sobre la cual se basa la obra entera... ¡En una palabra, un personaje, un gran personaje!

—Caballero—dijo el mozo—voy á cerrar.

Y como Gagnière ni siquiera volviere la cabeza, pasó el camarero á despertar al pequeño rentista, que seguía amodorrado ante su capa.

—Voy á cerrar, caballero.

El parroquiano remolón levantóse, tiritando, buscando á tientas en el ángulo de la pared su bastón; y cuando el camarero, después de recogerlo de debajo de las sillas, se lo hubo entregado, partió.

—Berlioz ha ingertado literatura en su arte. Es el ilustrador musical de Shakspeare, de Virgilio

y de Goethe; pero ¡qué pintor! ¡nada, el Delacroix de la música, que ha hecho arder los sonidos en fulgurantes oposiciones de colores! Y, con ello, la grieta romántica en el cráneo, una religiosidad que lo arrebató, en éxtasis, por cima de las cumbres! Mal constructor de ópera, maravilloso en el fragmento, demasiado exigente á veces de la orquesta, que tortura, y llevando al extremo la personalidad de los instrumentos, cada uno de los cuales, para él, representa un personaje. ¡Ah! esa frase que dijo sobre los clarinetes: «los clarinetes son las mujeres amadas», esa frase me ha dado siempre piel de gallina... Y Chopin, tan dandy en su bironismo, Chopin, el malogrado poeta de las neurosis! ¡Y Mendelssohn, ese cincelador impecable, Shakspeare en escarpines de baile, cuyas romanzas sin palabras son joyas para las damas inteligentes!... Y después, y después, hay que doblar la rodilla...

Sólo quedaba un mechero encendido sobre su cabeza; y el camarero, á su espalda, esperaba, en el vacío de la sala, negro y helado. Su voz había adquirido un temblor religioso; llegaba á sus devociones, al tabernáculo recóndito, al sancta-sanctorum:

—¡Oh! Schumann, desesperación, regocijo de la desesperación! Sí, el fin de todo, último canto de pureza triste, cerniéndose sobre las ruinas del mundo!... ¡Oh, Wagner, el dios en quien se encarnan siglos de música! Tu obra es el arca inmensa, todas las artes fundidas en una, la humanidad verdadera de los personajes expresada por fin, la orquesta viviendo aparte la vida del drama: ¡y qué matanza de convenciones, de fórmulas ineptas! ¡qué emancipación revolucionaria en lo infinito!... La obertura del *Tannhäuser* ¡ah! es el sublime aleluya del nuevo siglo: primero, el canto de los peregrinos, el motivo religioso, tranqui-

lo, profundo, de palpitaciones lentas; después, las voces de las sirenas que lo sofocan gradualmente, las voluptuosidades de Venus llenas de enervantes delicias, de soporíferas languideces, cada vez más altas é imperiosas, desordenadas; y, por último, el tema sagrado reapareciendo por grados, como una inmensa aspiración del espacio, apoderándose de todos los sonidos y fundiéndolos en una armonía suprema, para llevarlos en alas de un himno triunfal!

—Voy á cerrar, caballero—repitió el mozo.

Claudio, que ya no escuchaba, abismado también en su pasión, apuró de un trago el resto de la copa y dijo en alta voz:

—¡Eh! ¡querido! ¡van á cerrar!

Entonces Gagnière se estremeció. Su faz extraviada sufrió una contracción dolorosa; y tiritando, como si hubiese caído de un planeta, bebióse ávidamente su cerveza. Luego, en la acera, después de haber estrechado silencioso la mano de su compañero, se alejó, desapareciendo, en breve, en el seno de las tinieblas.

Eran cerca de las dos, cuando entró Claudio en la calle de Douai. Durante la semana que recorría de nuevo París, llevaba cada noche á casa las fiebres de su jornada. Mas nunca había regresado aún tan tarde, ni con la cabeza tan enardecida. Cristina, vencida por la fatiga, dormía junto á la apagada lámpara, recostada la frente en el borde de la mesa.

VIII

En fin, después de haber terminado Cristina la limpieza de la casa, quedaron instalados. A este taller de la calle de Douai, pequeño é incómodo,

se agregaba, únicamente, una angosta salita y una cocina grande como un armario: era preciso comer en el taller, y en el taller vivía la pareja, siempre con el rorro atravesado entre piernas. A Cristina habíale costado no poco sacar partido de sus cuatro muebles, pues quería evitar gastos; pero hubo de comprar una vieja cama de lance, y cedió á la lujosa tentación de adquirir unas cortinas de muselina blanca, á siete sueldos metro. Desde entonces, aquel rincón parecióle encantador, y se consagró á mantenerlo bajo un pie de pulcritud burguesa, decidida á hacer por sí todas las faenas, sin auxilio de criada, para no sobrecargar demasiado su existencia que iba presentándose dificultosa.

Los primeros meses lo pasó Claudio en agitación creciente. Las carreras á través de las calles tumultuosas, las visitas á los camaradas, llenas de febriles discusiones, todas las cóleras, todas las ideas enardecidas que traía de afuera, le tenían tan apasionado, que hasta en sueños hablaba en alta voz. París se le había vuelto á infiltrar hasta las médulas, violentamente; y, en plena llamarada de esta hoguera, vivía una segunda juventud, entusiasmado y ambicionando verlo todo, hacerlo todo y conquistarlo todo. Nunca había sentido tal ardor de trabajo, ni tales esperanzas, como si le bastara extender la mano para crear las obras maestras que debían colocarle en su rango, en primera fila. Cuando atravesaba París, descubría cuadros en todas partes; la villa entera, con sus calles, sus encrucijadas, sus puentes, sus horizontes vivos, desarrollábase en frescos inmensos, que siempre le parecían mezuquinos, en su embriaguez de tareas colosales. Y regresaba trémulo, rebullendo en su cráneo proyectos, trazando croquis en un trozo de papel, cada noche, á la luz de la lámpara, sin decidir